

## *DE ROBINSON A ODISEO* (Fragmento, 1935)

NO ES POSIBLE abordar el problema de la educación universitaria en la América española sin tomar en cuenta las reformas de fondo, pero en muchos sentidos catastróficas, que se realizaron en nuestro continente desde 1860 a 1900. Primero, bajo el liberalismo; después, bajo el positivismo. Conquistó este último influencia decisiva a fines del siglo XIX, y en México logró acabar con la Universidad. Se tuvo ésta como un concepto medieval inadaptable al periodo científico auspiciado por Comte, y se reemplazaron las humanidades con un tipo de liceo o de colegio nacional ensanchado, que recibió el nombre de Escuela Nacional Preparatoria. La doctrina del método nuevo se comprendía diciendo que todo conocimiento viene de la experiencia y que ésta no es científica y, por lo mismo, válida si no se ajusta a la prueba física que condiciona el efecto a la causa con rigor matemático. No hay, entonces, verdad ni principios absolutos, sino sólo una serie de leyes constantes, pero de valor relativo, y el único absoluto es que todo es relativo. La enseñanza se organiza, en consecuencia, partiendo de las matemáticas y terminando en la sociedad, o sea, de lo homogéneo a lo heterogéneo, según el plan comtiano, y considerando a la sociedad como el más alto y final caso del mundo visible y gobernante por la experiencia, único mundo digno de ser considerado por el juicio científico. El juicio mismo era un producto del hábito fisiológico y había que estudiarlo evolutivamente en la experiencia prolongada de la especie y de acuerdo con la doctrina del evolucionismo spenceriano.

No es el momento de discutir la tesis; únicamente señalaremos sus efectos en la organización de la enseñanza. Tomando en serio a Spencer, que desecha el cristianismo como suceso sin trascendencia en el proceso de la evolución, por su cuenta los discípulos y la literatura. La filosofía, en su totalidad, fue arrojada de

las aulas como antigualla y reemplazada con la sociología, que explica el alma como el *doble* que sueña el salvaje cuando ha comido con exceso después de una dichosa cacería. En cambio, las enseñanzas científicas fueron perfeccionadas, instaladas casi con lujo. La biología, la fisiología, la física y la química dieron base a toda la educación impartida. Por aquel tiempo, incluso el problema del ser lo buscábamos en los residuos de la probeta del laboratorio experimental.

Es preciso tener en cuenta esta situación, que, con todos sus absurdos, nos colocaba en posición más ventajosa que la de aquellas naciones que todavía no se enteran de la ciencia o empiezan apenas a hacerlo y se dejan llevar, por lo mismo, de métodos y filosofías como el hegelianismo y el fenomenologismo, desarrollado el primero al margen de la ciencia y el segundo como falsificación del laboratorio, arbitraria idealización del hecho psicológico. El positivismo está hoy superado, pero debemos agradecerle que nos librara en América del candor que sale de la escolástica y sin pasar por el laboratorio se establece en la neoescolástica fenomenológica, creyéndose instalado en la ciencia.

Nosotros creemos con los ideólogos positivistas o científicos, y también con los filósofos que han superado el concepto científico (Bergson, Boutroux, Poincaré, Meyerson), que en el siglo que corre no hay derecho a hacer filosofía si se desconoce la disciplina científica experimental. O sea, que a lo material no se le puede aplicar otro criterio que el crítico experimental. Y al restaurar la Universidad hemos respetado la sólida conquista que significa el saber darle a la materia el trato que corresponde, es decir, el que se deriva de la física, la química, o la biología. No el trato de la lógica ni el de la descripción exterior objetiva fenomenológica ni tampoco el trato escolástico. Y sin necesidad de comprometernos en neoescolásticas hegelianas a lo Croce o de tipo pseudoexperimental a lo Husserl, procuramos ahora no conciliaciones ni sustituciones, sino simplemente un deslinde de las condiciones del saber. Y una disciplina adecuada a los casos que dejaba sin solución el método exclusivo de la ciencia experimental. Una disciplina de conocimiento aplicable a los temas que no son físicos. Para hallarla, procuraremos apartarnos lo menos posible de la disciplina científica experimental; así como el neotomismo procura no apartarse de la razón, nosotros no buscamos un cambio de moda filosófica, sino el hacer cabal una situación ya firme científicamente. Porque habíamos vivido la revolución científica, no podíamos volverle la espalda. Aún para superarla teníamos que contar con ella, y buscamos suplirla allí donde falla, dejándola intocada allí donde acierta. He ahí por qué no podemos nosotros aplicar a la realidad material idealismo. Sabemos demasiado bien cuál es su propio método.

Ni podemos conformarnos con el behaviorismo o teoría del comportamiento norteamericano, cuando pretende llegar al dominio del espíritu. Ni pragmatismo yanqui ni fenomenologismo. Mucho menos, evolucionismo spenceriano, para

nosotros antisocial. Tal es la posición del pensador filosófico en la América hispana, gracias a la ciencia francesa y gracias también a la antigua tradición española, que se distinguió en la investigación de los problemas del alma y no prescinde del alma. Para lograr nuestra síntesis nos hace falta ponernos a traducir del alemán como antes tradujimos del francés y el inglés. Ha bastado con restablecer en nuestra Universidad ciertas disciplinas que una época fanática eliminó en nombre de la ciencia positivista. Por ejemplo, las Humanidades, que nos dan un concepto del saber en su conjunto secular y, por lo mismo, nos defienden del peligro de la *última moda* filosófico-literaria. El conocimiento de la sabiduría antigua equilibra el ánimo. Ni positivistas ni pragmatistas ni fenomenistas perdurarán cuando el saber se unifique. El dicho de Shakespeare, «hay en el mundo más de lo que imagina tu filosofía», podrá alguna vez no ser exacto, pero conviene tenerlo presente cuando se estudian simples fenomenologías. Restablecimos, pues, en nuestras universidades, con derecho pleno, el estudio de las humanidades, con las lenguas muertas, latín y griego, de que abominaba Spencer, pero que sus connacionales han seguido estudiando mientras nosotros, monos de América, nos decidimos por el gesto que las anulaba. Y con asombro del positivismo, refugiado en unas cuantas almas envejecidas, nuestras universidades restablecieron la enseñanza de la historia de la filosofía y de la metafísica.

La Universidad ha vuelto desde entonces a ser lo que fue y lo que interesa al porvenir que siga siendo: una Universidad de conocimiento, sin otra limitación que el rigor científico según cada rama de la actividad cultural del hombre. Y, sin preocuparnos de que no nos acomode ninguna etiqueta extranjera, nuestra filosofía irá saliendo de nuestra Universidad; una filosofía que a la materia le trate como experiencia y al espíritu como sabiduría. Buscarle expresiones a tales doctrinas es deber de nuestra intelectualidad. Física como ciencia, ética como práctica y estética como camino de la universalidad, que es siempre religiosa. He ahí una orientación completa y que logra el milagro de reconciliar nuestro pasado con nuestro presente sin desperdicio de la era científica intermedia. Asentada según queda dicho la posición filosófica de nuestra Universidad, examinaremos la manera como ha de funcionar en sus distintas ramificaciones.

Tomará a su cargo la Universidad, en primer término, la elaboración del programa de la enseñanza secundaria exigible para todas las carreras. A este respecto, el plan comtista de dar a todos los alumnos, independientemente de la profesión a seguir, un conocimiento intenso y ligado de la ciencia, desde las matemáticas hasta la sociología, resulta eficaz si no se exige demasiado. Ciertas especulaciones de la matemática, como el cálculo integral, se aprenden para pasar el examen, pero luego, con el desuso, borraríanse del todo de la mente del abogado, del médico. Al mismo tiempo, las condiciones económicas del momento recomiendan un acortamiento en el tiempo de los cursos. Y al restablecerse, por ejemplo, el latín y la filosofía como obligatorios para el abogado y el médico, no

es ya posible exigir cursos extensos de matemáticas. Conviene, entonces, formar planes coherentes y, hasta cierto punto, completos, pero con la elasticidad necesaria para que el médico pueda dedicar más tiempo a la biología, y el abogado a la lógica, etcétera. El ingeniero, en cambio, estará obligado a recorrer todo el programa matemático, siendo para él optativa la filosofía o el latín. El perito químico estudia alemán, pero no es obligatorio el alemán para el abogado, y así sucesivamente.

Al erigirse en reguladora de la enseñanza media, nuestra Universidad asume el papel directivo de la opinión ilustrada de la nación. Los problemas llegan a ella no sólo para ser investigados, sino también para ser resueltos. Desde su más elemental actuación, ya sobrepasa el papel de instituto profesional limitado a constituir doctorados.

Una intervención decisiva en el conjunto de las actividades sociales; no debiera conformarse con menos una Universidad nacional. Y, al efecto, ha de preocuparse no sólo de investigar y conocer, sino también de definir una doctrina. Pues, ¿adónde, si no es a sus universidades, puede acudir un Estado para resolver sus problemas de economía y de trabajo, sus cuestiones constitucionales y de política?

Los partidos representan intereses particulares, la autoridad se inclina al abuso, la magistratura cae en la ruina; sólo en la Universidad podrá hallarse viva la sabiduría que orienta a los pueblos. No basta, aunque es necesario, abrir clases libres donde todos los aspectos de una ciencia sean considerados; urge también que la Universidad aconseje el sistema a seguir dentro de las circunstancias. La elección de la norma eficaz entre los datos y las contradicciones de la ciencia social suele ser tarea comprometida y difícil. Por lo mismo, la cumplirá mejor que otro el universitario si se mantiene leal a su universalismo, que le presenta los intereses del hombre como un todo jerárquico; por encima del *homo faber* y el hombre económico, el hombre inteligente y el hombre generoso. Como criterio de acción, el más elevado amor del hombre total, no sólo del hombre económico o estético. Digamos el interés del ángel sobre el interés del hombre, para colocarnos de una vez por encima de totalismos reducidos, inevitable consecuencia del simple humanismo.

Provista así de un criterio, a cada una de las disciplinas parciales lo aplicará con decisión. Por ejemplo, aprovechará la historia para desacreditar ciertas prácticas como el cesarismo, pústula de corrupción y padre legítimo del caudillaje de Iberoamérica. En historia como en moral y en política, la Universidad abrazará un criterio. Si la paga el pueblo con los impuestos, justo es que defienda la democracia, única forma civilizada de gobierno, con tal que eleve al mando a la aristocracia de la aptitud, demostrada con ciencia, competencia y activo amor del pueblo. Constituir esta aristocracia es como sacerdocio juramentado con la verdad

y el más alto interés humano, por encima de la política; tal es otra atribución de la Universidad contemporánea.

El régimen universitario nunca será el del regimiento, que busca igualar estaturas; las almas no son homogéneas ni conviene que lo sean. En la Universidad deben hallar refugio todas las singularidades nobles. Así se vea obligada a practicar el nacionalismo, la Universidad gana fuerza para el plan nacional si asimila doctrinas y temperamentos de la más variada índole. En su posición frente a lo individual, la Universidad exigirá que cada cual rinda su máximo. Y cada uno tendrá presente que no es tarea de la Universidad recortarnos el ánimo, sino disciplinarlo para que sea provechoso su crecimiento.

Nunca dejará de ganar puesto de honor en la Universidad el enclenque de genio, pero es menester que la Universidad exija al promedio de sus alumnos ese porte varonil y recio que se adquiere en ciertas instituciones de enseñanza militar y que tiene sobre el viejo *mens sana in corpore sano* la ventaja moral del sacrificio por el ideal que nos supera, el espíritu de la caballería que supo inventar el cristiano. El universitario yanqui, sin llegar a la rigidez del soldado, se distingue por la apostura atlética, cuya moral es el servicio del débil y no la pretensión de sojuzgarlo.

En nuestras escuelas decaídas de ese siglo XIX, para nosotros nefasto, y todavía en no pocos institutos, el gremio estudiantil se inclina a vivir cierta bohemia, fingimiento de hipotéticas genialidades y en realidad anemia del cuerpo y anarquía del alma. El desprecio del ejercicio físico es consecuencia obligada de tal actitud, y de ella se sale haciendo obligatorio el gimnasio y, además, infundiendo en las clases de historia y de ética y filosofía un concepto optimista de la vida, no con optimismo a lo Babbitt porque todo está bien, sino con heroísmo cristiano, que pese al mal libra la batalla del fin último. Pesimismo heroico, pesimismo alegre hemos llamado alguna vez esta posición no vitalista ni idealista, sino supersocial y sobrenatural, genuinamente de espíritu.

En seguida, el deporte ha de presentarse como una actividad varonil, cómoda y dichosa. Rodear al estudiante de oportunidades para el ejercicio físico y aun aceptar como puntos de examen ciertas pruebas (práctica establecida en Norteamérica), organizar concursos y, en una palabra, contagiar el entusiasmo atlético tal y como se propaga una doctrina estética; he ahí la política deportiva recomendable. Una vez que el entusiasmo ha cundido, por eliminación espontánea se ausentarán de la escuela los que, sin dotes extraordinarias mentales, repugnan el ejercicio por pereza y no por afición al ensueño. Por otra parte, el reglamento sabrá acumular todo género de presiones indirectas para que se eliminen de la Universidad todos los inútiles. Conviene, desde todo punto de vista, que nuestra Universidad conserve la tradición de ofrecer sus servicios gratuitamente a todas las clases sociales; pero esto mismo la obliga a la severidad contra aquellos que van

a la Universidad tan sólo para escapar a trabajos que les parecen duros. Muchos, que tanto beneficio harían trabajando con las manos, acuden a las aulas para sudar sobre los libros. La grande y culpable lenidad de las pruebas aumenta cada año este ejército de parásitos juveniles, alimento de la burocracia que pesa sobre nuestra economía. Todos los medios de eliminación del estudiante son buenos en la condición en que hoy se encuentra la Universidad. Y no hay razón para no aprovechar la rebeldía contra el deporte como una de las causas de la suspensión, y siempre que en otras ramas no demuestre el alumno alguna extraordinaria capacidad. Deshacerse de los ineptos es en toda institución saludable necesidad. Y si no recomendamos el sistema de paga de Norteamérica es porque entre nosotros la clase media y la baja son tan pobres que imponerlo equivaldría a cerrarles el acceso a las profesiones. Además, cada día que pasa el rico es el extranjero, y llegaría un momento en que no contaría ni con sus colegios el hombre de estirpe nativa. Un sistema medio que yo impuse dio los mejores resultados: hacer pagar a los ricos cuotas fijas altas y conservar la gratuidad más rigurosa en beneficio del pobre. Para definir al rico no es ni necesario acudir al Registro de la Propiedad; siempre se puede averiguar lo que gana el padre, lo que paga de renta la familia, para obligar a contribuir al que puede hacerlo. De un modo o de otro, reducir los cuadros parece una exigencia recomendable en la Universidad, así como en los colegios de enseñanza técnica conviene dar toda clase de facilidades para aumentarlos. El deporte representa, entre otras cosas, un procedimiento eliminatorio de primera categoría, si se procede con prudencia. Por lo demás, la Universidad desarrollará el deporte dentro del cuadro de la enseñanza general atlética que dirige el Departamento de Bellas Artes y que abarca la primaria, la secundaria y la profesional. Por eso dejamos únicamente mencionado este asunto en lo que se refiere a la Universidad.

De lo apuntado se infiere que la Universidad será una selección de capacidades en los distintos órdenes de la ciencia y el conocimiento. Alta y rigurosa selección, es necesario añadir. La conveniencia de la enseñanza, la urgencia social de poner un límite a la multiplicación del profesionista, todo obliga a definir una política universitaria por lo que hace a cantidad y calidad. En materia de calidad no debemos aceptar sino la máxima en cada género, y, como la cantidad nunca acompaña a la calidad, se procurará que el número de inscritos corresponda a la capacidad de absorción profesional de cada periodo.

El exceso de alumnos sin verdadera vocación científica no sólo amenaza a la sociedad con el incremento del profesionalismo parasitario, sino que a la Universidad misma le crea problemas y conflictos de la más funesta índole. Los alumnos remisos en el curso dan el mayor contingente a la política estudiantil. Alcanza ésta proporciones alarmantes y produce entre nosotros situaciones que serían inconcebibles en la Universidad europea o norteamericana. Fuera de casos extraordinarios (cuando el país atraviesa periodos de corrupción o de crisis de la

legalidad), los estudiantes no tienen por qué intervenir en política. Les falta por lo común la edad de la ciudadanía, y no teniendo sus responsabilidades tampoco pueden ejercitar los derechos a ella inherentes. Se encuentran, aun los que son mayores de edad, en una condición de minoridad económica, puesto que el estudio les veda el trabajo productivo, que es complemento del derecho político. Aun las viejas constituciones liberales exigían al ciudadano un modo honesto de vivir como condición del ejercicio pleno de los derechos sociales y políticos. El estudiante, en su mayoría, vive del trabajo de algún familiar, o vive de rentas o becas del Estado. No es un productor ni ciudadano pleno, y sí sólo promesa de ambas calidades. No es justo, entonces, que adopte actitudes de soberanía, ni siquiera como fracción del pueblo soberano. Otra cosa es el caso de grave perturbación de la moral de un pueblo por abusos de un gobierno notoriamente injusto; es evidente que entonces el estudiante deberá apoyar con todo su esfuerzo a quienes representen el sentido moral de la patria. Pero aun en este caso la actividad estudiantil en política deberá tomar forma de adhesión y no pretensiones de dirección.

Y, en cuanto al ejercicio de la política propiamente estudiantil y universitaria, la regla debe ser todavía más rigurosa. No hay nada que relaje tanto la disciplina escolar como la intervención estudiantil en las funciones administrativas de la Universidad. Excepcionalmente, y después de un largo periodo de corrupción y de abuso, cuando la Universidad ha estado sometida a regímenes de fuerza que le han violado todos los privilegios, podrá convenir que los alumnos, por plebiscito, elijan un hombre capaz de salvar la institución de su crisis; convendrá que arrojen fuera de las aulas a quien por caminos desviados entró en ellas; pero, en general, debe afirmarse el principio de que no ha de tener el estudiante intervención alguna ni en el nombramiento del profesorado ni en la administración de la escuela. Cuando se alega que la Universidad europea en ciertas épocas ha dado al alumnado intervenciones decisivas, se olvida que la Universidad donde esto ha podido ocurrir estaba constituida por alumnos mayores de edad, que pagaban con sus cuotas los maestros que ponían y quitaban. Se trataba de lo que hoy llamaríamos cursos de posgraduados. Nada tiene que ver, por lo mismo, el caso con estos otros que en nuestro continente se dan de que un catedrático, a veces un director o decano de Facultad, estén a merced del arbitrio estudiantil. La consecuencia de semejante anarquía se ve en el relajamiento de la disciplina, se palpa en la degradación de supresión de las pruebas y exámenes. Aun se ha llegado a la exigencia de supresión de las pruebas y exámenes. Se cae, en suma, en política contraria de la que anunciábamos como indispensable en párrafo anterior, pues en lugar de la selección del alumnado universitario y su disminución en beneficio de la calidad y el interés público se produce rebajamiento general, con aumento del parasitismo. Se crea el tipo del estudiante profesional, que a título de conductor de mesnadas colegiales merodea en la política de los partidos en busca de ventajas personales. Bajo el antifaz de los ismos más exaltados, a la larga tal estudiante se convertirá en servidor de los poderes reinantes.

Procédase, por lo mismo, con mucha parquedad en lo que se refiere a la participación de los estudiantes en las decisiones universitarias. Déseles, si se quiere, voz en los Consejos, pero nunca voto, porque esto equivale a minar no sólo la autoridad del maestro, sino su misma tranquilidad en el desempeño de funciones, ya de sí bastante amenazadas por los intereses económicos de la sociedad y por la política. Añadir a todas las trabas inevitables el terror del descontento estudiantil es nulificar la moral, ya de por sí asustadiza, del catedrático y dejarlo a merced de fuerzas inferiores a la sabiduría. Por solidaridad en la defensa contra las fuerzas de fuera, debiera el estudiante hacer causa común con el profesor. Aunque para lograr esto, ya se entiende, hace falta primero un profesorado ajeno al partidismo político y establecido en la Universidad por derecho, es decir, mediante pruebas, oposiciones o sistemas de nombramiento que no tengan relación con la política militante.

En cuanto al caso que ha servido de excusa a no pocas reformas universitarias, el de los profesores que se han vuelto inútiles y son una rémora, los mismos alumnos pueden resolverlo poniendo en práctica el sistema de las universidades yanquis: desertando las cátedras notoriamente ineptas pasándose al profesor competente de la misma materia, hasta que el profesor abandonado por sus alumnos se vea en el caso de renunciar. La administración resolverá entonces si procede otorgar una jubilación o un simple *cese*. Pero téngase presente que es mejor un maestro mediano, y aun malo, que sepa suspender alumnos inferiores a la prueba exigida, que un maestro excelente, pero que por temor o complacencia rehúye el deber de selección y disminución de las filas cada vez más apretadas del estudiantado universitario. Y piense cada uno de los que lleguen a quedar excluidos que reciben un beneficio con la exclusión, que les obliga a ser sinceros con su propia vocación, que les llama quizá por más ventajosos caminos. Ya desde hace tiempo se ha señalado el mal del doctorismo en nuestra América, y no se ve, sin embargo, que nuestras universidades se decidan a reducir el número por exigencia de trabajo y de indiscutible y extraordinaria capacidad. El estudiantado se nos ha vuelto como la empleomanía: un refugio de los emboscados en la áspera lucha de acrecentar la producción de un continente en retroceso. Si no queremos ver que un día el pueblo indignado clausure la Universidad, procuremos que el ánimo del estudiante vuelva a ser de reverencia para el maestro y de abnegación hasta el sacrificio por su tarea.

Y se suicida el país que cierra o que descuida sus universidades, pues en ellas, y sólo en ellas, puede configurarse el espíritu nacional, nervio de la defensa y de la simple perduración. Una Universidad cuyos métodos son copia de los extranjeros es avanzada de conquista o instrumento de disolución. Por eso ha de buscar el universitario los caracteres de la índole nacional, a fin de darles la configuración eficaz. La necesidad de dar a toda la educación un carácter práctico y técnico nos es impuesta por la competencia que tenemos que sostener con el

tipo de actividad creado por la civilización norteamericana. Obediente a esta tendencia general de la época, la Universidad procurará, según ya se ha indicado, verter la corriente de la vocación hacia las carreras cortas de carácter inmediatamente práctico. Pero eso no quiere decir que la Universidad se deje dominar del espíritu del tiempo en asuntos que no son de ocasión, sino de raíz y perennidad. Quiere decir que, para seguir fiel a nuestro temperamento, la universidad iberoamericana se distinguirá de la de Norteamérica por el esfuerzo de crear unidad dentro de los grupos variables de estudios que las circunstancias impongan. Unidad en la dirección espiritual, definida de los institutos educacionales, y también sentido de unidad en la enseñanza de cada ciencia. Quiere decir que en vez de ciertos métodos pedagógicos yanquis, que enseñan la química informando al alumno de todos los usos industriales del hidrógeno, sin preocuparse de darle la teoría del hidrógeno (véanse los textos científicos hoy en uso en los Estados Unidos), nosotros deberemos conservar el tipo francés de enseñanza, que inicia el curso con una exposición del lugar que ocupa la ciencia especial en el cuadro general de los conocimientos humanos. Los que se preocupan con exceso de la actual superioridad de lo yanqui pueden tranquilizarse a este respecto. A la hora en que se trate de luchar por la vida, según la frase darwiniana en boga hace veinte años, el que sólo ha aprendido los diversos usos del hidrógeno industrial no podrá trabajar sino en una fábrica de productos químicos; en cambio, el que aprendió lo que es el hidrógeno dentro de una teoría general de la química fácilmente podrá volverse útil en cualquiera de las diversas aplicaciones de la ciencia. Su disciplina mental será superior, y al fin y al cabo es esto lo que cuenta en la práctica, lo mismo que en la teoría.

El método predominantemente inductivo que la ciencia anglosajona deriva de Bacon se manifiesta en la Universidad yanqui por esa ausencia de autoridad central y de criterio director. Institutos sin cabeza, sumamente aptos para la investigación de la ciencia parcial y el detalle, se justifican tal vez por la riqueza de sus hallazgos, por la eficacia de los inventos que salen de sus laboratorios. Si nosotros los copiásemos, impondríamos a nuestros estudiantes método contrario de sus temperamentos, por latinos, sistemáticos, y no por eso los convertiríamos ni en sagaces analistas ni en inventores. Donde el sajón descubre ensayando un sinfín de experiencias, el latino descubre adelantando hipótesis que en seguida comprueba o rechaza la experiencia. El mejor método es el que a cada cual corresponde. Y, en cuanto al don de la inventiva en mecánica, lo cierto es que no responde a tal o cual método o tal o cual raza. Los mejores inventos del ingenio se quedan sin fruto allí donde no existe la industria compleja y adelantada que los utilice y absorba. Y, en cambio, donde hay gran industria el invento resulta obligado casi por el juego del mecanismo: sus frutos acrecen de modo espontáneo.

De la Universidad norteamericana evitaremos la dispersión, que le impide alcanzar un concepto filosófico cabal del conocimiento. La misma filosofía se

vuelve en ella experimentalismo y suma de casos homogéneos, sin trabazón ideológica o estética. Estos defectos no le impiden convertirse en auxiliar de las industrias ni divulgar enseñanzas útiles. La eficacia de su acción práctica pone a la Universidad yanqui en contacto con el pueblo, que a su vez en recompensa le otorga simpatía y dinero. En cambio, entre nosotros se diría que el apartamiento egoísta o pedante es la regla de los que saben. Y no son los peores quienes se erigen en guardianes del pasado, celosos defensores de la rutina, sino los aparentemente innovadores, los que cambiando el sentido de un adverbio, creen haber descubierto un mundo; los neosofistas, que complican las verdades sencillas; los idealistas, que no sacan de las ideas conclusiones, sino postura. A todos éstos hay que ponerlos al margen de la Universidad, como se colocan ellos al margen de la vida y en el rango de ejemplares del museo de patología mental. En forma de que no estorben la comunicación de la Universidad con el pueblo trabajador y pensante. Pues es ésta la novedad que la democracia impone a las instituciones universitarias. Anteriormente el pueblo las pagaba y se desentendía de ellas, ignorándolas. Hoy el pueblo sigue pagando, pero les exige servicios. Y ni el más sabio de los hombres puede eximirse del contacto humano, siquiera sea ocasional, a través del consejo técnico, la conferencia, el discurso y el libro.

En materia de doctrina económica se libra hoy una batalla, para apoderarse de las universidades, sólo comparable a la lucha que con parecido fin entablaron las sectas en los países donde la Reforma luterana quedó consumada. El credo político del gobierno representa hoy el papel irruptor de la secta bolchevista en Rusia, capitalista en los Estados Unidos; si todavía hay libertad para enseñar la física o la química según criterio exclusivamente científico, ya no hay en el mundo Universidad que no esté supeditada a influencia extraña en materia social y económica. A pesar de todo, siempre será posible hacer que resplandezca la verdad si los que enseñan poseen la convicción que da derecho a enseñar: la arraigada confianza en los valores que, por encima de la humanidad, rigen al mundo. Las técnicas varían según el tema y la época, pero no cambia el viejo propósito que, en lo político, divide a los hombres y los tiempos en dos bandos irreconciliables: el de la tierra y el del cielo, el de César y el de Cristo, o sea, el predominio de los valores sensuales sobre los ideales, o viceversa. Todo lo demás es en la historia escolio. O se encamina la acción social a realizar un despliegue de las almas que convierta en transitorio y subalterno el empeño económico y político, o se proclama la primacía de lo sensual y entonces, con el cesarismo, desaparece la libertad y se encumbra el poderío. Apenas se da la primacía al instinto, se cae en la fuerza. De la fuerza material se sale negándola y engendrando otra fuerza que es espiritual y triunfa de todo accidente con tal que encuentre convicción sobrenatural donde asentarse. Y, así, la lucha es perenne entre el hombre de la sensación y el hombre de la religión, el soldado del César y el héroe del Cristo. En torno a esto se escriben libros, se inventan ciencias, se intoxican los tiempos, creyéndose nuevos o creyéndose los últimos; cada cual según su temperamento,

que es otra manera de decir conforme a su elección y gracia, se afilia en un bando, se alista en el otro. A veces andamos sonámbulos en la línea de intersección de ejércitos contrarios. La Universidad, comúnmente, es el limbo donde estas intersecciones perpetúan el desequilibrio que estimula los ánimos. El hombre fuerte y libre encontrará provecho en la prueba.

Puede no atinar la Universidad ni en su doctrina social ni en el punto de vista filosófico; todo se lo hará perdonar, sin embargo, si a la rutina de la enseñanza profesional añade buenos servicios de extensión del saber medio y una sincera colaboración en el estudio de los problemas que afectan a la vida de la colectividad en que se opera. Por extensión universitaria solía entenderse antes una cierta propaganda, por conferencias y conciertos, de los aspectos desinteresados de la cultura en los medios atrasados de la población urbana y del campo. Y resultaba un poco irónico hablarle al obrero hambriento de las excelsitudes del arte de un Beethoven o de un Miguel Ángel. Pasado el estupor de auditorio y maestro, nadie volvía a recordar el encuentro un poco ridículo de la más alta sabiduría con la más desolada miseria. Se desconocía que únicamente la caridad puede resolver estos conflictos y no según el contraste cultura-incultura, sino conforme a la vieja antinomia ética cristiana: miseria y misericordia.

Algo de esto realiza la Universidad cuando acerca al humilde ya no con el ánimo de ofrecerle distracción a su angustia, sino, acaso, remedio. El campesino que ha visto su cosecha perdida, el pequeño industrial que no adelanta porque ignora secretos de su oficio, todo el que lucha con la realidad para conquistar el sustento se llena de confianza si sabe que hay una institución capaz de ilustrar de inmediato, capaz de colaborar a la larga en las soluciones que impone el vivir. Recuerdo los Institutos de extensión que dirige la Universidad de Chicago. Acuden a ellos por la noche los obreros de las fábricas para consultar los problemas del día, para adiestrarse en el dibujo o en la forja, todo lo cual representa un aumento del salario, un acortamiento de la jornada, una ventaja positiva.

Recuerdo la Universidad de California. Antes que por sus historiadores, que son meritísimos; antes que por sus labios, se ha hecho sentir por el célebre Burbank, consejero de los agricultores, inventor, según se asegura, de frutas e injertos notables; sabio y obrero que se encierra en el laboratorio, pero también visita los campos, endereza los tallos, disfruta la satisfacción del aumento y la prosperidad de cultivos que no son suyos. En ciertos momentos ha podido decirse que es la Universidad en acción quien ha labrado los campos, multiplicando los frutos. En las mismas faenas de la recolección, los estudiantes, en el asueto de las vacaciones, alquilan sus brazos a jornal para recoger las ciruelas, para empaquetar las uvas y las manzanas que todo el mundo conoce. Fácilmente se comprende que en California no haya problemas universitarios ni dentro ni fuera de la Universidad. La Universidad, allí, colabora con su pueblo y el pueblo la ama. Le

perdona aun los doctores y los especialistas en derecho internacional y en historia, de los siglos XVI y XVII. Pues a todo tiene derecho un instituto que es, primero, auxiliar eficaz de los más humildes y urgentes empeños humanos. Los cursos breves, agregados a los secundarios de la Universidad californiana en cría de animales domésticos, horticultura y jardinería, conservación de frutas y embalajes, etcétera, han hecho más por la prosperidad repartida de la región que todas las leyes bolcheviantes posibles. Gracias a estos cursos la Universidad reparte sus graduados y su influencia por todo el territorio, sin límite de fronteras.

La Universidad de México inició alguna vez, por medio de sus Facultades técnicas, parecida penetración entre las masas deseosas de libertarse por el trabajo inteligente. El sistema de cursos por correspondencia, vigente ya en casi todas las grandes universidades, permite llevar hasta el máximo esta influencia benéfica de la Universidad a todas las capas de población. Universidades que así cumplen no están en peligro de que la política las perturbe con exceso ni de que la hostilidad del público por el letrado les recorte el presupuesto.

## CURSOS DE VERANO

En los países de formación reciente y habilitados en parte por extranjeros, la Universidad tiene el deber de buscar la asimilación del elemento extraño por la única manera eficaz, o sea, el atractivo de la cultura y la demostración de la exigencia de lo autóctono, facilitando al extranjero el conocimiento y aprendizaje de los modos nacionales y haciéndole amable dicha enseñanza. Un sistema poco costoso y muy eficaz para los propósitos aludidos es el que en todo el mundo se practica con el nombre de cursos de verano para extranjeros. El éxito obtenido en México en este particular ha sido rotundo, dada nuestra proximidad a los Estados Unidos; pero podría repetirse, aunque fuese en menor escala, en todo el continente. Un promedio de 500 alumnos, en su mayoría profesores de enseñanza primaria y media, reúnen cada año los cursos de verano de la Universidad de México. A estos mismos cursos y a otros permanentes concurren los extranjeros que todavía no dominan el idioma o quieren aprovechar las ventajas de cada programa. Por lo común la Universidad saca sus gastos con las cuotas que cobra, pero queda el problema de los transportes. Los gobiernos que lo mediten advertirán la ventaja de ofrecer concesiones generosas en materia de billetes de ferrocarril o de barco a cambio de la propaganda nacional que aseguran los cursos. El ánimo del profesorado se levanta en los pueblos de complejo humillado cuando ve que a sus cátedras asisten hombres y mujeres de pueblos más cultos y que, sin embargo, tienen algo que aprender del magisterio nacional.

Todos los días las escuelas ordinarias del país contribuyen, aun sin quererlo, a la penetración de la influencia norteamericana, enseñando compulsivamente el idioma inglés; por lo tanto, hay cierta compensación, si no equivalente, por lo

menos simbólica, en el hecho de que varios centenares de extranjeros de la nación dominante ingresen en las aulas de la nación comprometida. Los programas de semejantes cursos comprenden conservación y composición, gramática y lectura, fonética, geografía nacional, arte español, arte colonial mexicano, arqueología mexicana, historia nacional, literatura nacional, literatura hispanoamericana, literatura española, artes menores, arte moderno. Se encomiendan algunos de estos cursos a especialistas de diversas naciones, a cuyo efecto la Universidad dispone de su departamento de intercambio. En beneficio de los estudiantes extranjeros se organizan también excursiones, por ejemplo, visita de los monumentos arquitectónicos de Ciudad de México, iglesias y ex conventos, colegios y sitios de interés histórico; visita de la Academia de Bellas Artes y sus galerías de pintura y escultura, con disertación sobre la escuela mexicana de pintura, desde la colonia hasta nuestros días; visita del Museo Nacional y sus colecciones de arte azteca, maya y colonial; excursión a las pirámides toltecas de Teotihuacan.

## INTERCAMBIO UNIVERSITARIO

Establecer relaciones culturales con el mundo es una función imprescindible de la Universidad. Al efecto, dispondrá de un departamento encargado de organizar visitas de profesores y conferenciantes extranjeros. Se encargará también de atender a los becados y de la reglamentación de las becas. En general éstas no se concederán sino a los alumnos graduados con distinción en la materia cuyo perfeccionamiento buscarán en el extranjero. También se preferirá a los estudiantes dedicados a ciencias que no alcanzan desarrollo completo en el país, como química, mecánica, electricidad; en general, ciencia aplicada, o bien ramas especiales de la odontología o la ingeniería. Todo lo que, necesitando elementos de taller o laboratorio, no puede suplirse aún en nuestros medios. Conviene enviar a los estudiantes de arte para que se familiaricen con los museos de Europa, y siendo tan limitado el dinero de que se dispone para estos menesteres no deberá emplearse en becados de profesión libresca, salvo circunstancias verdaderamente excepcionales.

## LA INVESTIGACION

En las tareas de investigación original puede la Universidad iberoamericana realizar labor mucho más importante de lo que comúnmente se juzga. Lo que se ha equivocado hasta hoy es el camino, y por eso ha caído en descrédito el sujeto de la melena crecida que se encierra en nuestros modestos laboratorios a buscarle nuevas leyes a la química o a desentrañar la clave del movimiento continuo. La investigación original en la ciencia aplicada requiere el ambiente científico y técnico, que sólo poseen los grandes pueblos del instante. En cambio, todos aquellos estudios relacionados con el conocimiento y aprovechamiento de nuestras propias regiones ofrecen campo ilimitado para el genio nativo. Lo que debe causarnos bochorno es que los mejores estudios de geografía, los mejores libros sobre el indigenismo o sobre economía patria suelen ser

obra de extranjeros. La obsesión de Europa nos mantiene a nosotros ciegos sobre lo que pasa en nuestro derredor y nos condena a fingir réplicas del trabajo que ya se hace eficazmente en el gabinete de la Universidad extranjera. Es ya tiempo, sin embargo, de que el estudiante de nuestra América aproveche sus ventajas para el estudio de la geografía y la fauna locales, la flora y la agricultura, la arqueología y el arte nativos. Ocasiona desconcierto ver que ya durante la Colonia se esbozaba una ciencia americana con los trabajos de Clavijero en México, de Caldas en Colombia, y, sin embargo, a partir de la independencia ya no son sino nombres extranjeros los que informan al mundo de nuestra configuración física y sus recursos. Muy eminentes son sin duda los Humboldt y los Bonpland, los Bougainville y Reclus, pero por eso mismo es lamentable que no hayamos podido aprovechar sus trabajos para crear sobre ellos escuelas nacionales de cada especialidad. Hasta hoy, lo que sabemos de los indios modernos se debe a los Lumholtz, a los Darwin y, en general, a observadores extranjeros, no siempre capacitados para observar. Nuestra arqueología es en su mayor parte extranjera, con el vicio de origen de la posición tendenciosa para juzgar nuestro desarrollo nacional. El indigenismo, por obra de los extranjeros que lo cultivan, se convierte en propaganda antiespañola y en motivo de división en la amalgama que es base de nuestra soberanía continental: la amalgama, que debiera ser insoluble, de lo español y lo indígena. En materia de geografía es bien sabido que los mapas de nuestras costas están en poder de Inglaterra, por la buena razón de que los ha hecho mientras nosotros estudiábamos geografía europea, y la planificación de nuestras serranías, con sus vertientes y sus quebradas, está en poder del Departamento de Guerra de Norteamérica. Y eso que tuvimos geógrafos como García Cubas, fruto de nuestra Universidad, cuando todavía era autóctona, cuando el afán de reformas y copias no la anulaba aún del todo. Los mejores estudios sobre nuestra economía social, a partir de Humboldt, son obras de extranjeros. Y aun en materia de administración, la ignorancia y el odio del faccionalismo negó nuestra Universidad, cuando Carranza, en 1916, puso la administración técnica de la hacienda pública mexicana en manos de peritos de Norteamérica.

Es imperdonable la cortedad de miras de los políticos que así proceden, pero la culpa abarca también a nuestra Universidad, pues ¿no la vimos durante tantos años empeñada en demostrarle al mundo que se sabía al pie de la letra la lección de Comte, primero; la de Spencer, después, incluso el capítulo en que nos desprecia y condena por la extensión y calidad de nuestro mestizaje? En cambio, del exterior ¿con qué ansiedad se solicitan siquiera monografías de los asuntos vernáculos! Poco aprecio hace el europeo de nuestros folletos con el homenaje a Dilthey o el comentario de Husserl. Lo que apetece es una exposición, así fuese imperfecta, de lo que piense el hombre de América, o de sus problemas, inquietudes, propósitos.

Se comienza a ser civilizado cuando se empieza a ser creador. Y el primer hombre de nuestra América que en Europa ganará respeto no es el que llegue hablando en francés correcto la versión retransplantada del pensamiento alemán. William James ganó fama europea porque llegó exponiendo en su inglés una versión

propia, versión americana del positivismo europeo. La Universidad iberoamericana no será tomada en cuenta en el mundo mientras no llegue a expresarse en la versión espiritualista que corresponde al temperamento iberoamericano.

En las disciplinas más modestas y vitales, en los asuntos de economía y de política, de sociología iberoamericana, el universitario de nuestro mundo encontrará campo fecundo para la utilidad y para la gloria. La medicina tropical, que para el europeo es problema colonial simplemente, para el médico hispanoamericano es asunto inmediato. Por lo mismo, es entre nosotros donde ha de crearse esa ciencia. Así, en todos los órdenes, basta con reflexionar un instante para advertir la enormidad de la tarea que hemos estado descuidando y los éxitos asombrosos que en la investigación reserva el porvenir a nuestras universidades. Recuerde el simple escolar de la clase de botánica de segunda enseñanza que las mejores colecciones de mariposas que en el mundo existen han sido reunidas en nuestros territorios, al lado mismo de nuestras escuelas en muchos casos, pero por obra de extranjeros que se dieron al campo a mirar, mientras nuestros escolares tal vez examinaban en algún viejo texto francés los caracteres del zorro que habita los Alpes y se mezcla a la fábula en los versos claros de La Fontaine. Jóvenes, imitad al gran hombre en sus métodos, no en repetirle lo que ya descubrió. Hay material en América para hacer la fama de un nuevo Buffon. Y si otros cantaron la nieve y el pino, están aquí reclamando el estro, la selva y el sol.

Casi sin límites puede, entonces, desarrollar la Universidad iberoamericana las antenas de la investigación especializada. Cuide al mismo tiempo, y mientras se desarrolla la tarea descubridora plural, de mantener vivo un esfuerzo de unificación permanente. De esto se ocupará la Facultad de Filosofía. Bajo el viejo nombre de filósofos incubará una generación y varias generaciones o grupos de lo que hoy llamaríamos técnicos de la universalidad; especialistas de ideas generales, encargados de revertir la pluralidad a la unidad. Hombres de virtud han de ser si no queremos que les falle el cerebro; talento y fuerza, capacidad de organización y decisión en el mando, porque los alienta la sabiduría. La misión social de este grupo, nervio y corona de la Universidad, está ya apuntada por Platón en *La República*.

Conservar la cultura y difundida, aumentarla por obra de investigación y de creación, organizar y defender el alma nacional, reglamentar y crear el profesionalismo, colaborar en la educación pública construyendo una aristocracia del espíritu y con ella aconsejar, dirigir los destinos patrios con miras de universidad; tal es, en resumen, la tarea de las Universidades\*.

\* Para que se vea hasta qué punto es actual lo que decimos, piénsese en la experiencia del presidente Roosevelt, que de la Universidad ha sacado su «trust de cerebros», no sólo especialistas de la economía y las finanzas, sino también organizadores y orientadores, filósofos sociales. Interesante ensayo de platonismo político está demostrando, ya que no hay mejor realismo que el platonismo, tan calumniado por temido de los calibanes que tienen usurpada la realidad. Pues sólo un real platonismo se decide a romper la hegemonía de los banqueros, a poner en liquidación compañías de transporte que fundaron su éxito en el fraude y en colusión con héroes nacionales que sirven de cómplices tal vez ingenuos, prestando al fraude el apoyo de su popularidad, como acaba de verse en el caso de Lindbergh, el aviador. Pues bien, sólo el idealista, si es además sabio y filósofo, cuenta con la autoridad necesaria para librar a los pueblos de tal acumulación de circunstancias nefastas. (Nota del autor.)

La Universidad también puede hacer política y aun imperialismo. De la mejor clase de imperialismo, del que más falta hace en el continente hispánico. Sin duda, el mayor acierto de toda la política exterior de México disparatada desde el momento que nuestra nación traicionó a su ministro Lucas Alamán fue la práctica que logré establecer durante unos cuantos años, al otorgar sesenta becas a estudiantes centroamericanos. De no haber vuelto a triunfar en México la misma traición que derrocó a Alamán, hoy el servicio de becas iberoamericanas abarcaría el continente hispánico y la capital de México sería la metrópoli de una estirpe, cumpliendo así el deber que le impone a su antiguo abolengo.

En todo caso, el ensayo, pese a su corta duración, vale la pena de ser recordado, porque indica una posibilidad del futuro.

La reglamentación de las becas fue rigurosa. Seleccionaba a los favorecidos un delegado de la Universidad mexicana, junto con el representante diplomático y el representante del Ministerio de Educación del país del alumno. Se recomendó especialmente la eliminación de toda clase de favoritos, hijos de políticos en el poder, o de personas adineradas que bien podían pagarse sus propios estudios. Se exigía que el becado hubiese ya concluido los estudios necesarios en su propio país y no se le imponía ningún compromiso aparte de estas pruebas, de calidad técnica exclusivamente. El personal seleccionado recibía gastos de viaje y, además, una pensión, pagada en efectivo mensualmente por la Universidad mexicana durante dos años. Libremente escogían la especialidad, pero se procuraba inclinarlos a las ramas técnicas de la enseñanza. La Escuela de Industrias Químicas recibió algunos alumnos; otros se repartieron en ingeniería y en la Academia de Bellas Artes, en escultura y pintura; otros más en el Conservatorio de Música.

A los pocos años, viajando por Centroamérica, me tocó ver el fruto multiplicado de tan reducido esfuerzo. Ingenieros de formación mexicana ocupaban puestos de importancia en la administración o en los negocios de algunas de las repúblicas hermanas. Los artistas locales habían recibido la influencia del viejo país americano que somos nosotros. A su vez, y no obstante la supresión de las becas, quedó establecida una corriente que hoy mantiene en Ciudad de México varios centenares de estudiantes de Centroamérica. Y no sólo van a aprender, también han enseñado a los nuestros y, en no pocos casos, los han dirigido. Ha triunfado, entonces, por un procedimiento que parece imperialista, el ideal unitario iberoamericano. La juventud contemporánea conoce por contacto directo la idiosincrasia del Sur, y viceversa, y la solidaridad, por lo menos en lo espiritual, ha quedado sólidamente establecida.

En la Argentina, la Universidad de la Plata comienza ahora obra semejante, que ojalá llegue a alcanzar las proporciones necesarias. Por lo menos los paraguayos y los bolivianos deberían tener en Buenos Aires su metrópoli.